

Antinomias Históricas y Existenciales

Mario Pereyra *

“¿ Y si fuera una luz que viene del porvenir,
no del pasado, con mayor palidez,
con menor lejanía,
a traer la promesa de una llama
o el amparo de un fuego de expiación?”
Olga Orozco

Cuando Rodrigo de Triana avistó por primera vez las costas americanas y el grito de “*tierra*”, resonó por los aires, aquel lejano 1492, surgió de las sombras un continente, que se puso en movimiento bajo el influjo europeo. No fue el corto horizonte de una isla el que se divisaba sino una nueva y vasta geografía, que desde entonces se integraría a la cultura occidental y cristiana. Desde aquel momento singular, la historia atravesó América, con la violencia de la conquista, la ilusión de la colonización, el hervor de la revolución y el accidentado camino de la vida independiente.

Hoy, quinientos años después, atravesamos las olas de los siglos y el océano del tiempo para alcanzar aquellos lejanos orígenes en donde se empezó a escribir la historia de nuestro continente. Nos preguntamos, cuando el escudo de Sevilla disponía en

tonces la prohibición de un “*non plus ultra*”, ¿qué extraños designios promovieron la empresa de lanzarse “más allá” de lo conocido?. Este Cristóbal o “*Cristoferens*” (etimológicamente: “portador de Cristo”), como solía firmar en su autógrafo, ¿qué pretendía alcanzar? ¿de qué se sentía “portador”? ¿Se ha descubierto todo lo del “Descubrimiento” o existen todavía cosas encubiertas? En toda esta historia tan controvertida en Iberoamérica, ¿hay algo para celebrar o para simplemente conmemorar? ¿Cuál es la oferta de la tan promocionada Exposición Universal Sevilla '92, que tanta polvareda ha levantado en nuestro medio por la pobre exhibición que está presentando la Argentina? Asimismo, ¿la actitud de nuestro país es resultado de nuestra inveterada afición a la improvisación o responde a una disposición generalizada en América, de tomar con cierta displicencia las cele-

braciones hispánicas? ¿Cuál es el mensaje de la Expo '92?

Quiso la providencia Divina que pudiésemos llegar a las orillas del Guadalquivir y visitar esta Sevilla 1992, remozada, vestida con sus mejores atavíos y pletórica de un espíritu festivo exuberante, para buscar respuestas a estos interrogantes. También fuimos a conocer la añeja población de Palos de la Frontera, donde Colón inició su histórica travesía, el monasterio de la Rábida en Huelva, donde se fraguó el viaje, la costa del río Tinto y toda esa zona de la llamada “Costa de la Luz” tan cargada de rememoraciones y nostálgicos vestigios de aquel pasado glorioso.

Esos días que estuvimos en Andalucía nos impresionaron vivamente y promovieron las reflexiones que vamos a intentar transmitir. Especialmente me impactó una serie de contrastes vividos, unos en forma personal y otros que pueden ser entendidos como históricos. Estoy utilizando el término “*antinomia*” para designarlos, en lugar de las expresiones “*contradicciones*”, “*paradojas*”, “*oposiciones*” u otras semejantes. Tomamos “*antinomia*”, no en el lenguaje



Licenciado Mario Pereyra.

Kantiano ni en el sentido que le da Erich Fromm, sino en la acepción que etimológicamente la define como “contradicciones entre las leyes”, para señalar la confrontación entre dos secuencias de fenómenos, dos principios explicativos y de acción en conflicto o que entran en colisión.

La primera serie de antinomia que encontré fue -la que llamo histórica- entre la Expo '92 y la propia ciudad de Sevilla. Es un mundo de contrastes que navega entre el pasado y el futuro, entre la leyenda y la utopía tecnológica. La antinomia de la memoria y la imaginación, de la historia y la profecía.

La Expo '92.

Sobre 215 hectáreas, en la isla de La Cartuja, se han levantado un conjunto de construcciones con diseño de ficción. Una esfera bioclimática, edificios de vidrio, acero y otros materiales, una gigantesca torre que transita por las alturas y desde la cabina de una línea de teleféricos pudimos observar esa insólita geografía llena de formas inusitadas, sonido, color y las voces de decenas de miles de personas de todo el plane-

ta. Allí, 17 regiones de España, 23 organizaciones internacionales y 112 países exhiben el patrimonio cultural más importante del siglo.

Se ha logrado combinar las maravillas de la tecnología con la arquitectura artística. Un ejemplo notable es el arco atirantado del puente de la Barqueta, con forma de arca estirada. Además los bancos simulan olas, las farolas frutos de árboles. Todas las calles aparecen cubiertas de pérgolas vegetales. Los amplios espacios verdes y jardines, jugando con las aguas, contribuyen a dar una visión de frescura deliciosa a los rigores calcinantes del ardiente verano andaluz. Sin embargo, a pesar de las fuentes que lanzan chorros por todos lados, la multitud de pulverizadores que humedecen el ambiente, las cataratas de agua descienden por paredes de vidrio y canales (hay hasta una pantalla filmica de agua), de la esfera bioclimática y de las doce chimeneas de la Avenida de Europa -símbolo de los países de la Comunidad Europea-, que deflectan agua micronizada, nada puede contrarrestar los 40 y pico de grados del tórrido día; sólo la fascinación del lugar y el derroche de novedad hacen olvidar el

calor, además del pabellón de Chile que tiene en su interior un trozo de iceberg (¿será un mensaje de que todavía la tecnología no ha podido vencer las leyes de la naturaleza? ¿una “herida al narcicismo”, como dijera Freud, y a la omnipotencia del pensamiento tecnológico?).

Hay cosas realmente prodigiosas, como el acuario gigante del pabellón de Mónaco o el trozo de selva amazónica con pájaros y mariposas en libertad o el desierto de Arabia Saudita o el bosque húmedo de Australia y tantas cosas más que no tenemos espacio para citar. Los pabellones más visitados permiten viajar en pantalla gigante con filmaciones de alta resolución, por lugares de Canadá y Venezuela, como por el interior de las plantas y el cuerpo humano.

Asimismo, la Expo es un continuo espectáculo. Actores de todo el mundo hacen de cada calle un escenario. Abundan los conjuntos o artistas solitarios lanzados a la conquista de una sonrisa. Se encuentran indígenas africanos armados con flechas, tambores y un frenético ritmo danzante de cimbreadas “garotas” brasileñas transmitiendo los sonidos carnavalescos. Se observan mandarines chinos, juglares, magos, bandas de música que tocan marchas típicas y personajes que representan al Quijote o a Pinocho o a “estatuas” insólitas, de curiosa popularidad en España. Todos los profesionales de la felicidad están presentes. Todo color, música, movimiento y alegría.

Sobre el río Guadalquivir se encuentran las tres carabelas de Colón y la nave Victoria de Magallanes que Sebastián Elcano trajo de vuelta, luego de circunnavegar la tierra. A su lado, sobre una enorme plataforma, el Discovery hace atronar sus motores como si fuera a partir hacia las inmensidades del universo. Toda una metáfora del pasado y el futuro, de la época de los Grandes Descubrimien-

tos (siglos XV y XVI) y de la Conquista del Espacio.

El día concluye en la Expo, junto al lago de España, con juegos de luces láser y un estrepitoso derroche de pirotecnia. Es la magia de la ciencia y la tecnología del siglo XXI. “El Embrujo de Sevilla” “Quien ha visto a Sevilla ha visto Maravilla” declara un adagio lugareño. Cada paso por esta fascinante ciudad da testimonio de la veracidad del dicho. Cuando uno se introduce por el exótico laberinto de estrechas y encajonadas callejuelas del casco antiguo, retrocedemos en el tiempo. Da la sensación que los siglos nos contemplaran desde los balcones herrados con figuras arabescas o desde los frontispicios antiquísimos de iglesias y casonas. Placas de mármol o de cerámica antigua, escritas con caracteres latinos, denuncian acontecimientos históricos: allí estuvo preso Miguel de Cervantes ideando su famoso Quijote, en ese lugar funcionaba el tristemente célebre Tribunal de la Inquisición (que precisamente en Sevilla alcanzó una actuación despiadadamente dura y cruel). Se ha querido desagrar a los mártires de la fe, construyendo del otro lado del Guadalquivir el “*Monumento a la Tolerancia*”².

Leyendas e historias adquieren realidad en los palacios amurallados de los Reales Alcázares, en los museos, conventos, torres y construcciones de 3, 4, 5 o más siglos de antigüedad. La imponente catedral con su minarete convertido en la famosa historia árabe y cristiana, además de los restos del rey Alfonso El Sabio, y la presunta tumba de Cristóbal Colón, obras de Velázquez y Murillo, estatuas y 400 objetos arqueológicos, históricos y de arte; tesoros de plata y oro de incalculable valor. El pasado pervive también en la maciza Torre del Oro, sobre el Guadalquivir, protagonista de los tiempos de la conquista, donde se

almacenaba el metal precioso traído de América, en la casa de contratación, que administró la navegación con las Indias, haciendo de Sevilla el primer puerto del mundo durante los siglos XVI y XVII; en el Archivo General de Indias, que conserva en vetustos folios acartonados gran parte de la Historia de los Descubrimientos desde el siglo XV hasta el pasado siglo. En Sevilla, Nebrija compuso la primera gramática de la lengua española precisamente en 1492. Lope de Vega, Calderón, Fernando Herrera y Mateo Alemán contribuyeron, durante su estancia en Sevilla, al Siglo de Oro español. ¿Qué más podríamos decir de los Reales Alcázares con sus imponentes salones arabescos, el esplendoroso parque de María Luisa, la iglesia de San Gil fundada en el siglo XIII, la casa de Pilatos y los conventos de estilo gótico y mudéjar? ¿Cuánta historia se podría narrar de esos patios de mármol y cerámica que susurran el murmullo de una fuente? ¿De esas plazas minúsculas donde el musgo abraza una cruz finamente labrada? ¿De la famosa calle Sierpes, con sus toldos elevados, que proyectan la sombra refrescante de los días?.

Quizás nos quedamos con la imagen de un solitario y vacío salón arabesco de los Reales Alcázares, de estilo mudéjar, donde en su centro una vitrina conserva el tesoro de El Carambolo. Se trata de 21 piezas de oro puro de 24 quilates, con un peso total de 2.950 gramos, que forman dos pectorales, dos brazaletes y dieciséis placas. Son los restos históricos más valiosos y significativos de la civilización de los Tartessos, habitantes de esas tierras en torno del siglo VI antes de Cristo. Ese hallazgo excepcional, realizado el 30 de septiembre de 1958 en el cerro de El Carambolo, exhibe una verdadera obra maestra de la orfebrería antigua, cuyo suntuosidad y riqueza denuncia que aquel enigmático pueblo,

constituyó la cultura más adelantada y antigua de Occidente. Este hecho es un símbolo de Sevilla. Allí las voces de la historia proclaman la existencia de un pasado glorioso. Es el imperio de la memoria. El templo del recuerdo. Donde no es necesario salir a la “búsqueda del tiempo pasado” como Proust, porque la reminiscencia es presente, en la arquitectura que desafía los siglos, en los monumentos, en el epitafio, en las tradiciones, en las leyendas, en la metonimia y hasta en el lenguaje popular. Las huellas del tiempo permanecen frescas. La mirada queda cautivada por el pasado. En Sevilla todos somos como la “mujer de Lot”, la ciudad misma sufre del síndrome de la “mujer de Lot”. ¿En qué otro lugar se podría haber realizado una conmemoración del V Centenario? ¿Acaso hay otro lugar donde se rinda culto a la historia como en Sevilla? Sí Sevilla es el Vaticano de la historia.

Frente a Sevilla está la Expo, del otro lado del Guadalquivir está el futuro. Es como si el río fuese como el dios Jano, la bifronte deidad de los griegos. Esa parte de la isla de La Cartuja mira hacia adelante. Esta es la antinomia histórica. La Expo es la imaginación, la ficción, quizás la ilusión o el sueño, hasta se podría decir el delirio de la mente secular. La profecía de la ciencia humana. La apología de lo inverosímil. El intento de ser como dios, el viejo deseo que despertó la serpiente antigua. Sí, Sevilla habla del hombre, la Expo del superhombre. Sevilla guarda el conocimiento de la sabiduría humana, la Expo desarrolla la inteligencia cibernética de la omnipotencia científica. Y aquí nos dirigimos hacia la antinomia existencial.

El Significado del Descubrimiento.

La historia que nos interesa es aquella que escribiera Colón con su proeza. ¿Cuáles eran sus propósitos

y motivación? ¿Dónde estaba su sueño y pasión? Una publicación alusiva habla del “espíritu descubridor del hombre”, agregando: “su curiosidad por descubrir los secretos de su entorno le han llevado a alcanzar el progreso, impulsado por la fuerza de la aventura”. ¿Fue por simple “curiosidad” o por “la fuerza de la aventura” que Colón se lanzó al océano? Buscando estas respuestas viajamos casi 100 kilómetros hacia el sur, a la ciudad de Huelva. Allí llegó por primera vez Colón a España en 1484, con la ilusión de conseguir la autorización y los recursos que le permitieran alcanzar las Indias por occidente. Los Reyes Católicos se lo negaron. Sin embargo Fray Juan Pérez y Fray Antonio Marchena simpatizaron con su idea. Estuvieron en el legendario monasterio de La Rábida, de estilo gótico-mudéjar, donde estos religiosos de la Virgen de los Milagros intercedieron ante los reyes hasta conseguir el anhelado permiso y los medios. Una talla de Cristo Crucificado, de aquella época, todavía preside el altar principal del monasterio. ¿Cuántas plegarias rezó Colón bajo la inspiración de ese crucifijo? ¿Cuánto leyó de las Sagradas Escrituras entre esas paredes piadosas? ¿Qué reflexiones inspiradas surgieron en su mente religiosa, quizás caminando por aquellos jardines perfumados, bajo la sombra de los árboles? Fue allí donde el descubridor afirmó su fe en Dios y encontró su vocación misionera. Algunos años después lo confesaría en un libro que increíblemente permaneció encubierto por siglos. *El libro de la Profecía*. En él dice Colón: “La Sagrada Escritura testifica en el Testamento Viejo, por boca de los profetas, y en el Nuevo por nuestro Redentor Jesucristo, que este mundo a de haber fin: las señales de cuando esto haya de ser dijo Mateo, Marcos y Lucas; los profetas también abundantamente lo habían predi-

cado. Nuestro Redentor dijo que antes de la consumación de este mundo se habrá de cumplir todo lo que estaba escrito por los profetas... Yo dije arriba que quedaba mucho por cumplir de las profecías, y digo que sólo cosas grandes en el mundo, y digo que la señal es que Nuestro Señor da prisa en ello: el predicar el Evangelio en tantas tierras de tan poco tiempo acá, me lo dice.”³

Esa fe fue la que abrió el océano y descubrió un continente: el anhelo imperioso de predicar el evangelio a un mundo que desconocía las “buenas nuevas” de salvación; la necesidad de apresurar el regreso de Jesucristo a la tierra, en cumplimiento de las profecías bíblicas. Sí, Colón era adventista. Lo movía la misma fe que nos motiva a nosotros. Creía en la misma Biblia y en las mismas profecías. Se sentía llamado por Dios para hacer esa obra. Estaba convencido de que Dios lo había predestinado para esa tarea. Era un adventista sincero y profundamente creyente en la Providencia del Todopoderoso. ¿Qué ha pasado con la fe de Colón? ¿Dónde ha quedado su adventismo y providencialismo?

¿Celebración o Conmemoración? ¿Descubrimiento o Encubrimiento?

Con un imponente despliegue arquitectónico, tecnológico, económico y humano, España festeja el evento que inició una época y construyó un nuevo mundo. “Queremos que el V centenario -dijo Felipe González, el presidente del gobierno español⁴- sea una celebración del pasado desde una realidad que se construye hacia el futuro”.

En América apenas se recuerda el V centenario, quizás la UAP sea una de las honorables excepciones. Muchos países no pueden olvidar el ultraje, la expoliación y las torturas

que sufrieron las poblaciones autóctonas en manos de los conquistadores⁵ (los pabellones de la mayoría de los países de América Latina son los más pobres). Pero más allá de los vaivenes de las glorificaciones y los resentimientos, de las interpretaciones y discusiones, nadie recuerda la fe de Colón. “*El libro de las profecías*, que testimonia el fervor religioso y el amplio conocimiento de las Sagradas Escrituras que tenía Colón, sorprendentemente quedó inédito durante 400 años. Recién apareció en castellano en 1982 y el año pasado se lo publicó por primera vez en inglés. Esta obra encubierta por el polvo del tiempo, consta de 84 folios, 10 de los cuales han sido misteriosamente sustraídos (los correspondientes a los números 67 a 77). En ese espacio alguien dejó una nota muy significativa: “*Mal hizo quien hurtó de aquí estas hojas, porque era lo mejor de las profecías de este libro*”. Integraban la segunda parte del libro, que se titula: DE PRESENTE ET FUTURO. Lo que allí decía probablemente se ha perdido para siempre, pero nos queda el resto del libro. El mismo presenta más de 100 citas de la Biblia y de otros teólogos cristianos que expresan el profundo sentimiento religioso del descubridor. La obra pretende demostrar que el descubrimiento fue vaticinado en las Sagradas Escrituras y dirigida providencialmente por Dios. Afirma que “*me abrió nuestro Señor el entendimiento con mano palpable*”, concluyendo el párrafo agrega: “*Quien duda que esta lumbré no fuese del Espíritu Santo? Así como a mí, el cual con rayos de claridad maravillosa consoló con su santa y sacra Escritura...avivándome que yo prosiguiese y a continuo sin cesar un momento me avivan con gran priesa*”.⁶

Argumenta que su hazaña abrió las puertas para que se cumpliera la profecía de que el evangelio sería

predicado por todo el mundo antes del fin de los tiempos. Claramente el descubridor da testimonio de su fe adventista y de su creencia en la restauración próxima del mundo por parte de Dios.

¿Por qué no se habla de esa historia oculta del Descubridor? ¿Qué ha ocurrido con el ideal colombino? ¿Acaso las profecías no hablan también de nuestros tiempos? ¿No hay un mundo futuro por descubrir? ¿Todavía no hay que apresurar la venida de Jesucristo a la tierra? Ciertamente la figura del descubridor, es aún hoy, quinientos años después, un ejemplo de fe, de humildad y de vocación.

Dije al principio que “quiso la Providencia Divina” que llegase a España. Si a principio de año alguien me hubiese preguntado si tenía planes de ir a Europa le habría contestado que en absoluto y que me parecía una idea descabellada. Sin embargo, se empezaron a dar una serie de circunstancias que finalmente me llevaron a cruzar el océano. ¿Fue producto del azar o la casualidad? En absoluto creo tal cosa, estoy convencido que Dios guió, orientó y llevó a cabo el viaje. Seguro que fue el Señor que me consiguió los dólares, ¿de dónde los iba a sacar? Dios me llevó a los lugares más baratos y confortables que se podían conseguir. En Sevilla y Barcelona donde los hoteles costaban 30.000 pesetas, \$300.- por día, estuve alojado por \$12.- con desayuno incluido. ¿Suerte? No, Dios lo consiguió. ¿Cómo se pueden vender 40 libros en tres días en un mundo que desprecia a los “sudacas” y todo lo que de aquí proviene? Sólo por la intervención de la Providencia Divina. Estoy convencido que Dios hizo que dejara de llover en Madrid el día de regreso. El viejo DC-8 de Pluna cargado con más de 200 pasajeros, además de los tripulantes, no hubiera podido despegar con la pista anegada. No tengo

dudas de que Dios intervino para que pudiésemos aterrizar en Recife con la tormenta que había. El piloto lo intentó una vez y tuvo miedo. Luego de sobrevolar un buen rato finalmente aterrizó a los saltos. ¡Gracias a Dios!

Hoy vivimos en un mundo secular. El secularismo es algo más que creer que Dios ha muerto, es prescindir totalmente de Dios. Nos acordamos de aquella frase irónica de Oscar Wilde que decía, “*lo peor no es que hablen mal de uno, sino que no hablen en absoluto*”. Hoy no se toma en cuenta a Dios. La Expo '92 es símbolo del secularismo. Dios está ausente, sólo se alaba a la inteligencia humana. Porque secularismo es también omnipotencia, el reinado del “amado yo”. El religioso, como Colón, busca las huellas de Dios en sus actos. Allí, donde el hombre secular se encuentra orgullosamente con sus propias realizaciones, el hombre religioso descubre los misterios amorosos de las intervenciones del Todopoderoso. Eso es el providencialismo, la antinomia del secularismo. Es el contraste entre el narcisismo autosuficiente y la humildad agradecida. Dos leyes de la vida que están separadas por el “río grande” (es el significado de Guadalquivir en árabe) de la decisión personal. En fin, dos miradas con diferentes destinos: una centrada en sí misma, otra que vuela hacia las alturas de los cielos, donde los pájaros dibujan la parábola de la libertad.

Una reflexión final. Las antinomias nos ubican en un lugar coyuntural, en la articulación de los caminos, en el espacio de la decisión. Las antinomias nos interpelan y convocan a dar una respuesta, a construir la palabra comprometida que enuncia la voluntad solidaria. En fin, sólo me resta dejar en ustedes esa palabra decisiva.

* Lic. Mario Pereyra

Psicólogo clínico del Servicio de Salud Mental del Sanatorio Adventista del Plata.

Profesor titular de las cátedras de: Psicología evolutiva y Psicología de la personalidad en la U.A.P.

Director de la carrera de Psicología y Psicopedagogía de la U.A.P.

Autor del libro *Psicología de la Esperanza* y múltiples publicaciones científicas y de divulgación.

Enviado por la U.A.P. a Expo Sevilla 92

Investigador en Ciencias Sociales

Referencias Bibliográficas

1. Nombre de la famosa obra que el escritor uruguayo, Carlos Reyles (1868-1938), publicara en 1922.

2. En la placa conmemorativa, situada en un lateral del Monumento a la Tolerancia, se hallan grabadas estas palabras: “*Deteneos, hombres y mujeres que pasáis. Deteneos y escuchad. Escuchad la voz de Sevilla, voz herida y melodiosa, la de su memoria que es también la vuestra. Es judía y cristiana, musulmana y laica, joven y antigua. La humanidad entera en sus sobresaltos de luz y sombras, se recoge en esa voz para extraer del pasado fundamentos de esperanza. Aquí, como en otros sitios, se amaba y se odiaba por razones oscuras, y sin razón alguna. Se hacían rogativas por el sol y por la lluvia. Se interpretaba la vida dando muerte. Se creía ser fuerte por perseguir a los débiles. Se afirmaba el honor de Dios, pero también la deshonra de los hombres.*”

Aquí, como en otros sitios, la tolerancia se impone. Y lo sabéis bien, vosotros, hombres y mujeres que escucháis esta voz de Sevilla. Sabéis bien, que, cara al destino que os es común, nada os separa. Puesto que Dios es Dios, todos sois sus hijos. A sus ojos todos los seres valéis lo mismo. La verdad que invocan no es válida si a todos no la convierte en soberanos.

Ciertamente toda la vida termina en la noche, pero iluminarla es vuestra misión. Por la tolerancia.

Elie Wiesel, Sevilla, abril MCMXXIII.

3. COLON, C., “*Libro de las Profecías*”, folio 4 y 6, pp.29 y 31, citado por CANCLINI, A., “*Colón y la Biblia*”, ed. Palabra, Bs.As., 1991, pp.133.

4. GONZALEZ, F., “*Los nuevos horizontes del '92*”, Viajes e Incentivos, Año II, N°11, pp.5.

5. Hasta de la misma España se alzan algunas voces que preguntan “*¿Qué debemos celebrar? ¿que con su llegada destruyeron una cultura tan floreciente y avanzada como era la azteca?, ¿qué diezmaron su población al contagiar enfermedades, matanzas o reventándola a trabajar? ¿que quitaron sus numerosas estatuas de dioses y en su lugar colocaron la cruz nuestros numerosos santos? ¿Que su ritual de sacrificios humanos lo sustituyeron por la Santa Inquisición con su ritual de hogueras y torturas? ¿Qué engañaron al ingenuo Moctezuma llevándose todo el oro que pudieron y más? ¿Todo esto y un largo etcétera es lo que debemos celebrar?*”, La Vanguardia de Barcelona, 22/7/92, pp.14. Sin embargo, otros defienden a “*nuestros honorables conquistadores... que sembraron en aquellas tierras, transformando una cultura cavernícola en donde políticamente imperaba una tiranía sanguinaria; religiosamente existía un politeísmo prehistórico ligado a la práctica de sacrificios humanos que terminaban en el canibalismo, y socialmente un pueblo esclavo de Moctezuma*”. ABC de Madrid, 9/7/92, pp.18.

6. COLON, “*Libro de las Profecías*”, Folio 5, pp.29, citado por CANCLINI, op.cit., pp.34.